

Habitar la desesperanza como fortín para la utopía: una ventana para pensar (nos).

Pilar Celeita y Paz Córdoba

*Mi esperanza es necesaria pero no es suficiente. Ella sola no gana la
lucha, pero sin ella la lucha flaquea y titubea - Paulo Freire*

Resumen

La presente reflexión se construye como un aporte al análisis de la realidad social latinoamericana, tomando los procesos históricos de Colombia y Argentina. Donde en los últimos años se ha puesto de manifiesto un sentir colectivo de desesperanza ante las estructuras de gobierno. Quienes no representan las demandas populares, en el marco de un capitalismo salvaje que avanza progresivamente ubicándose como única forma de pensar las realidades. Así, se coloca la esencia de lo político en la reducción de la democracia republicana que en nuestros países se ha visto debilitada por la politiquería.

En este sentido, se hace inminente precisar las diferenciaciones entre lo político, categoría que puede tomarse como la esencia de lo humano; la política -en una de sus facetas- en cuanto al ejercicio de la búsqueda y conquista del poder; y la politiquería que en términos culturales puede

indicarse como la degradación de la política. De tal forma que, desde la reflexión de estos conceptos, podemos entender la doblegación de nuestras sociedades a formas individualizadas del ser político. En una concepción del yo como un ser individual y ahistórico, negando nuestro sentido de lo político. Pero, retomando a Kusch (1975), no existe un yo sin un nosotros, así el límite entre lo *propio* y la *otredad* es indivisible, un conjunto de diálogos constitutivos de nuestra forma de vivir en cada suelo.

De igual manera, pensar en la democracia que queremos los jóvenes, pasa por pensar también las formas de lo colectivo, incluso habitando la desesperanza. En este sentido, consideramos repensarla como potencialidad transformadora, que moviliza a seguir construyendo nuevas posibilidades de mundo. Derribando, como señalaría Galeano (1998), al mundo al revés que nos enseña a padecer la realidad en lugar de crearla. Así, pensamos la construcción de una democracia en Latinoamérica desde el sentir de los pueblos y sus luchas, independientemente de las victorias o derrotas electorales, porque no toda victoria política es electoral y no toda victoria electoral es política.

Palabras Clave

Desesperanza, utopía, transformación, poder, democracia, política, Latinoamérica.

Una radiografía de la historia para pensar la realidad

Para adentrarnos en el análisis de la realidad social latinoamericana, tomaremos dos casos puntuales: Colombia y Argentina. Estos dos lugares de nuestro continente, ubicados el primero en el trópico, con una aparente democracia continuada en términos históricos, pero signada por

la violencia política; y el segundo, siendo el gigante del cono sur, marcado por las cicatrices de procesos democráticos interrumpidos por dictaduras. En la actualidad, podemos trazar un común denominador relacionado a la desesperanza política respecto a la representatividad y los canales de transformación de las realidades sociales.

Para referirnos a Colombia, es necesario tomar como punto de partida; un país marcado por el conflicto político-económico y armado que data desde mediados de siglo XX, teniendo como antecedente una presunta estabilidad democrática con transiciones regulares de poder.

Para finales del siglo XIX se configuró una división entre dos partidos dominantes: el Conservador y el Liberal. Hubo 6 guerras civiles entre estos partidos, destacando la llamada guerra de los mil días (entre 1899 y 1902) como la peor, la cual dejó victoriosos a los conservadores, quienes gobernaron por 30 años. Luego, tras la gran depresión mundial, y con la presión del movimiento obrero, en 1930, con la elección del liberal Olaya Herrera, se revivió nuevamente la violencia. Todo esto mientras se intensificaban las luchas por la tenencia de la tierra y el agua, y se desplazó la mano de obra rural.

Con la elección de López Pumarejo en el año 1934, se implementaron en Colombia políticas de bienestar social, industrialización, bienestar agrario, sustitución de importaciones y se promovió la organización laboral, algunas de ellas sin prosperar dado que conservadores y liberales se unieron para bloquear las reformas.

En las siguientes elecciones, participó un partido liberal dividido y un partido conservador que ganó las elecciones en el año 1938 con Eduar-

do Santos Montejó. Posteriormente, a mediados de los años 40, la violencia partidista fue instigada por los conservadores en búsqueda de consolidar el poder. Los agricultores conservadores (terratenientes) entendieron que podían apoderarse de las tierras que habían sido tomadas por liberales años antes sin que el gobierno les obstruyera.

Esta situación provocó una gran guerra civil que se denominó como “la violencia”, la cual estalló mayormente cuando en el 9 de abril 1948, fue asesinado el candidato presidencial Jorge Eliecer Gaitán, un caudillo liberal y orador que encarnaba las causas populares; ocasionando lo que hoy se conoce como “el Bogotazo” (donde hubo múltiples asesinatos en todo el país), con ello se intensificó la guerra con conflictos por la tierra a lo largo y ancho del país, sobre todo en zonas rurales. La violencia adoptó múltiples formas, y comenzaron a organizarse grupos armados liberales y comunistas.

La violencia dio lugar al único gobierno militar de Colombia en el siglo XX con Rojas Pinilla, tras un golpe militar, con apoyo bipartidista. Este gobierno propuso amnistía para quienes estuvieran combatiendo, pero la tregua a la violencia fue temporal y el Estado permanecía ausente en las zonas rurales. Cuando Rojas Pinilla buscó mantenerse en el poder, los líderes conservadores y liberales se organizaron en un acuerdo de reparto del poder por alternancia de mandatos en sucesión entre los dos partidos, al cual se le conoce como Frente Nacional, prohibiendo la participación de terceros. Periodo que duró 16 años, limitando la capacidad de generar cambios.

La migración interna a las ciudades creció al igual que el desempleo, dando paso a las condiciones políticas y socioeconómicas que

favorecieron en los años 60 el crecimiento de movimientos guerrilleros, la economía del mercado negro y el tráfico de drogas. Con la emergencia de problemas agrarios no resueltos se gestaron nuevas formas de violencias hincadas en la sociedad. Así para 1964 nacieron las FARC-EP (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo), y para el mismo año apareció el ELN (ejército de Liberación Nacional), para 1967 se da el auge del EPL (Ejército Popular de Liberación) y para 1973 se formó el M-19 (movimiento 19 de abril), entre otros grupos que fueron apareciendo a lo largo y ancho de Colombia.

Las guerrillas colombianas nacieron en los años 60 como respuesta a los problemas agrarios no resueltos, producto de una larga tradición que ya tenía el país de afrontar con violencia los conflictos sociales y políticos, pero también como parte de los cabos sueltos que dejó el Frente Nacional en su intento por frenar la violencia bipartidista y porque en el contexto de la guerra fría había un auge de movimientos insurgentes y de liberación nacional inspirados en el triunfo de la revolución cubana. (Cátedra Basta Ya. 2016, p. 5)

Es de destacar que en 1965, el presidente León Valencia decretó ley 48, que otorgaba personalidad jurídica a los grupos armados privados para que cualquier persona pudiera ayudar a combatir la guerrilla y fortalecer el Estado. Sí en el año 1970 aparecen los primeros grupos de autodefensas o paramilitares:

“El paramilitarismo como estrategia contrainsurgente en Colombia ha sido una política de Estado, no ha sido un hecho aislado o coyuntural, ha correspondido a una ideología

de terrorismo de Estado con sus naturales variaciones dependiendo de las circunstancias de cada momento.” (Velázquez, 2007, pág. 5)

Más tarde aparecen los grupos narcotraficantes muchos en apoyo a los paramilitares, creció el tráfico de drogas en especial marihuana y cocaína, ampliando los carteles y con ello también acrecentando la violencia.

En 1974, tras haberse disuelto el Frente Nacional, se instaura el sufragio popular para presidente en Colombia. Sin embargo, esta figuración de una democracia representativa que llevó consigo diferentes propuestas de gobiernos, acompañada de las circunstancias sociopolíticas del conflicto, permitió también el asesinato de diferentes líderes incluso en carrera presidencial como Luis Carlos Galán, Bernardo Jaramillo Ossa, Jaime Pardo Leal, Carlos Pizarro León Gómez, Álvaro Gómez Hurtado son algunos de los magnicidios que se sumaron en el país de “la democracia más larga de América Latina”.

En 1991, en Colombia se promulga una nueva constitución, la idea de democracia se expone tanto representativa como participativa. Lo que implica que desde el ejercicio de la ciudadanía, las personas puedan participar abiertamente en los procesos decisorios incidentes en sus proyectos de vida. Sin embargo, se presenta una tensión entre lo descrito en la carta magna y lo vivenciado por la ciudadanía, ya que los procesos democráticos se hallan viciados muchas veces por prácticas guerreristas, clientelistas y corruptas que desencadenaron entre otras cosas en participaciones coaccionadas y cohesionadas sobre el grueso de la población.

Para la década de los 90 se recrudeció el conflicto armado, sumado a la bonanza cocalera con consolidación de nuevos carteles y la expansión territorial de las guerrillas. También se crean las Convivir (cooperativas de vigilancia y seguridad privada para la defensa agraria) por decreto ley presidencial, las cuales se anudaron al paramilitarismo, declarándose ilegales posteriormente. En 1997 el paramilitarismo se agrupó en las denominadas AUC (Autodefensas Unidas de Colombia). A su vez, se produjo la desmovilización de diferentes guerrillas, de intentos de diálogos de paz, y uno de los magnicidios más recientes, el del periodista político Jaime Garzón. Además es la época donde se reestructura la visión del Estado con la implementación de reformas de carácter neoliberal.

Para el nuevo siglo en el año 2002 recibe la presidencia Uribe Vélez, quién en una doctrina de seguridad democrática implementa un proyecto de gobierno guerrerista, que comprometió a la sociedad en general en la



Foto: Mauricio Alvarado para El Espectador.

resolución del conflicto armado a partir del fortalecimiento, expansión y reconocimiento militar. Lo que generó un debilitamiento de las guerrillas, pero a su vez la implementación de estrategias que llevaron a violaciones de derechos humanos por parte de las fuerzas militares, destacando por ejemplo los hoy conocidos como “falsos positivos”, 6402 ejecuciones extrajudiciales a civiles, auspiciadas por el ejército nacional.

Para el 2012, por presión social, en una nueva estrategia, desde la presidencia de Santos, se comienza a trazar un nuevo camino a los diálogos de paz entre el gobierno nacional y guerrilla de las FARC-EP, posteriormente ratificados bajo firma en el año 2016. Para el año 2022 es por primera vez elegida en el país una fórmula presidencial de una coalición de la llamada izquierda en cabeza de Petro.

A lo largo de los años, los grupos políticos tradicionales siguen estableciendo la idea de una democracia representativa servil a la hegemonía política y económica del país, por ello no es raro que se repitan las mismas familias en el poder político. Ahora, estas formas sin integrar verdaderamente los intereses de las personas que representan se convierten en demagogias de cuatrienio que implican la pérdida de confianza de los ciudadanos en los ejercicios democráticos.

Por otro lado, los ejercicios militantes contrarios a las hegemonías políticas se estigmatizan y señalan como afines a los grupos armados, lo que en un pueblo marcado por la guerra es objeto de repulsión. Sin embargo, quienes continuaron en dicha militancia se vieron expuestos a que se cometieron situaciones contra sus vidas borrando los discursos, lazos, legados y luchas constantes que se gestaban mancomunadamente, lo que da cabida a la desesperanza como una de las formas de soportar las tradiciones políticas.

Por su parte, Argentina en su proceso histórico, se construye como un país exportador de materias primas, que en sus comienzos se erige con una fuerte inmigración europea. Detrás de la colonización de la Patagonia finalizada en 1879, podemos encontrar dos grandes objetivos de la elite gobernante: La conformación del Estado Nacional particularmente tras la apropiación del territorio que se creía, pertenecía a la nación (completado con la campaña del Chaco y la federalización de Buenos Aires en 1880), junto a una gran cantidad de tierras necesarias para la producción y exportación de materias primas hacia el mercado Europeo.

La expansión ganadera que tuvo su expresión en el litoral, particularmente en Buenos Aires, comenzó a exigir desde la década de 1820 la ampliación de las fronteras productivas. Sin embargo, la Patagonia fue controlada por las diversas comunidades originarias hasta finales del siglo XIX. De esta manera, la expansión de la frontera se había convertido en la principal cuestión de estos sectores, vinculados comercial y financieramente a las potencias que dominaban el mercado mundial y organizaban la división internacional del trabajo. La incorporación de nuevas tierras permitiría, se pensaba, aliviar la presión pastoril sobre la llanura bonaerense. De esta manera, y tras la llegada de los frigoríficos (primero británicos, luego norteamericanos), el litoral se especializó en la producción ganadera vacuna para abastecer esta producción de carnes, siendo desplazada a la Patagonia la producción ovina para la exportación de lana (Bandieri, 2000).

A su vez, para hacer efectivo el control de las tierras era necesaria la constitución del control territorial por parte del Estado Nacional, finalizando la conformación del orden político y social, junto con el Estado y sus instituciones (Alimonda y Ferguson, 2008). En este sentido, la apropiación

territorial, constitución estatal y modelo agroexportador fueron de la mano.

La ley Avellaneda sancionada en 1876 tenía el objetivo de atraer colonos europeos con el fin de ocupar las nuevas tierras y ponerlas a trabajar bajo el modelo de pequeña propiedad capitalista presente en los Estados Unidos. Sin embargo, la ocupación patagónica se dio de forma distinta. La ley 974 de 1878 autorizó a emitir un empréstito internacional garantizado por tierras. De esta forma se repartió el botín. Hacia 1884, la totalidad de las tierras patagónicas ya tenían dueño. Son los orígenes de la oligarquía económica del país que continuaron asumiendo, a lo largo de la historia del país, diferentes actuaciones en la escena política.

A grandes rasgos, podemos decir que el peronismo promovió un cambio en la estructura de poder generando un fuerte crecimiento de las clases medias y obreras, una movilidad social ascendente de carácter intergeneracional, la expansión de todos los niveles educativos, movilidad social ocupacional y por consiguiente una distribución equitativa de los frutos del desarrollo. Mediante las políticas redistributivas, basadas en la industrialización del comercio interno, la nacionalización del comercio exterior y los servicios públicos y la alianza de la clase obrera y los pequeños y medianos industriales.

Las políticas neoliberales que se instalaron a nivel global a finales de la década de 1970 –en América Latina a partir de dictaduras militares-, conllevaron una redistribución regresiva del ingreso y de las relaciones de fuerza en perjuicio de los sectores asalariados y en favor del gran capital. El paradigma keynesiano que buscaba asegurar el “pleno empleo”, y que predominó como modelo de posguerra, fue sustituido por otro de base monetarista en el cual, una de sus mayores preocupaciones consistía en el combate a la inflación por medio de políticas de ajuste ortodoxas. Si bien

dichas políticas tuvieron éxito en morigerar la inflación desatada en los años 70 en los países desarrollados –a raíz de la crisis del petróleo-, éstas ocasionaron un aumento del desempleo y el debilitamiento del poder de negociación de los trabajadores, perjudicando a los salarios reales, los cuales se estancaron o crecieron por debajo de la productividad. (Anderson, 2003; Isuani, 1991)

Además, las políticas neoliberales se sustentaron en una concepción que considera que el mercado es el mejor asignador de recursos. Por lo tanto, se buscó de manera constante la reducción del tamaño del Estado, ya sea mediante políticas de privatizaciones, desregulaciones laborales, comerciales y financieras, y el desmantelamiento o debilitamiento del llamado “Estado de Bienestar”. Todas estas políticas implicaron, sobre todo en América Latina, un aumento del desempleo y la desindustrialización, el crecimiento del empleo precario informal, la precarización de las condiciones de trabajo, una fuerte caída del salario real de los trabajadores, la privatización y mercantilización de bienes y servicios esenciales –educación, salud, vivienda, seguridad social, etc.- que profundizaron la lógica de exclusión en el acceso de amplias capas de sectores populares. A contrapartida, el poder de los capitalistas se acentuó, así como también la concentración de los ingresos.

Los procesos de achicamiento del Estado y las privatizaciones, debilitaron fuertemente la capacidad de las instituciones para poder brindar respuestas a las necesidades básicas de amplios sectores de la población. Los resultados sociales, sobre todo en América Latina, fueron el aumento de la marginalidad y vulnerabilidad social de todo tipo –económica, social, ambiental, etc.-, el incremento de la pobreza y la indigencia, llevando a la región



Foto: Mauricio Alvarado para El Espectador.



a ser una de las más desiguales del mundo. La polarización social, necesariamente, tiende a exacerbar la conflictividad social en nuestras sociedades.

En el período Kirchnerista, muchas veces denominado como años marcados por el retorno a la política. Donde se resignificó el rol del Estado en términos de política social, dependencia externa -con la cancelación de la deuda-, participación en la industria nacional y comercio, renacionalización de empresas que en periodos anteriores se habían privatizado y hasta un incremento progresivo de los trabajadores en el salario real. Este rumbo nacional también tuvo impactos en términos regionales, fortaleciendo los lazos con los países de América Latina, a través de organismos regionales.

Sin embargo, en 2015, con el triunfo de la alianza Cambiemos muchos de estas conquistas se vieron cuestionadas, debilitadas y algunas desarticuladas. Esto generó un gran retroceso, e impactos diferenciados pero contundentes en materia política, social y económica. El endeudamiento fraudulento con el FMI a cien años es uno de los ejemplos que más significan el cambio de rumbo e impacta en las construcciones presentes y futuras del país que se había librado de este organismo en el año 2006 bajo el gobierno de Néstor Kirchner.

Podemos considerar, en este breve paso por algunas dimensiones de Argentina y Colombia que aunque sus historias son muy diferentes, pueden entrar en un diálogo. En ambos países podemos denotar un sentir de desesperanza ante las estructuras de gobierno, las cuales no responden a los intereses colectivos del pueblo en detrimento del mercado, los capitales extranjeros y las oligarquías nacionales. Pareciera que en las tensiones propias de las disputas de poder actualmente, la relación entre los gobiernos y el pueblo en cuanto a intereses se encuentran en un periodo de pro-

fundización. Por un lado, el pueblo mantiene un sentir de representatividad mientras que, quienes gobiernan, no pueden dar respuesta a las realidades de la población. Así, se observa que, en un marco de disputa constante, frente a un capitalismo globalizado que avanza progresivamente ubicándose como único horizonte posible para pensar las realidades sociales, las construcciones políticas y las bases de las economías nacionales, los gobernantes no representan las demandas populares.

Lo político, la política, los políticos, la politiquería, la politicidad... Dilucidando los conceptos

Partimos de pensar la necesidad humana de relacionarnos con otros y las formas políticas del ser social que están intrínsecamente relacionadas con la construcción del Estado. En este sentido, podemos entender lo político como la esencia de las relaciones humanas, ese lazo catalizador para poder entablar las relaciones independientemente de las condiciones previas a la existencia del sujeto. Donde lo político es aquel sustrato que permite socialmente el desarrollo de lo humano en sociedad. Cada práctica que se desarrolle, cada decisión, cada inscripción social forma parte de un ejercicio político.

Atravesada por lo político, la política aparece anclada a la noción de poder. Es decir, desde una idea de Estado que administra el monopolio del poder, el ejercicio de la política propende por pensar la búsqueda del poder sobre dicho estado. En este sentido, si pensamos el poder desde una influencia weberiana podemos considerarla como una probabilidad de imposición de la voluntad en una relación social, lo que sería la imposición de voluntades sobre otros (Weber, 1982). El Estado en esta medida, es la

representación de la grupalidad que reclama el uso del monopolio de la fuerza (centralidad del pensamiento sobre el Estado Moderno). Desde esta mirada la política es la disputa de un grupo de personas que se dirimen el poder en un Estado o entre Estados.

Bajo estas nociones, podemos pensar en los políticos, es decir, en aquellas personas o grupos que despliegan un ejercicio de lo político, como ya mencionamos, en función de la relación social. Así, hacer de la política la vocación, puede derivar en distintas implicancias sociales. Pues en la búsqueda por la disputa del poder y la construcción política para transformar la realidad, los objetivos se pueden ver viciados, tensionando la representación. Allí se aloja la politiquería como una forma de degradación de la política y del ser político. Ésta noción la consideramos como aquellos ejercicios de la práctica política que se desarrollan de manera estratégica para un determinado grupo, sin perjuicio del bienestar de las mayorías, sino en detrimento de la búsqueda del ejercicio de poder.

Por otro lado, hallamos la politicidad, entendida como el conjunto de sensibilidades políticas, prácticas, creencias, actitudes y formas de relacionarse con los debates y decisiones de la esfera pública, y que se conforma en la práctica concreta y cotidiana de los actores (Calvo, 2002), lo que nos refiere a los sujetos políticos no solo como vocación sino con base en sus relaciones y experiencias. En un sentido más preciso, la politicidad nos devuelve a considerar los sujetos en términos relacionales dentro de la construcción de escenarios para vivir conjuntamente y las necesidades de reproducción de la existencia.

Considerando esta reflexión conceptual, es menester señalar que en nuestras sociedades existen sectores considerables de la población

que se ven doblegados a formas viciadas de la política hasta el hastío, como contraposición a la esencia social de lo político y la politicidad de las sociedades. Las representaciones del ser político que se erigen como hegemonía, se expresan desde prácticas individualizadas del ser político donde se enfatiza la visión de concepciones imperantes como la de un yo individual-ahistórico. Así, se digiere una idea errónea, donde el ser sujetos políticos, es ejercer la práctica viciada de la politiquería. Sin embargo, es todo lo contrario. Ya que nuestras acciones se desarrollan en el marco de la politicidad del ser, idea que rompe la individualización ficcional, que invisibiliza a los otros y los lazos que constituyen nuestros marcos subjetivos. Porque no existe un yo sin un nosotros, puesto que el reconocimiento de sí mismos es un conjunto de diálogos constitutivos de nuestra esencia.

Muchas veces, lo político es construido solo desde la acción democrática del voto para “elegir y ser elegidos”, que en nuestros países se ha visto viciada por la politiquería, por programas de gobierno ausentes de construcciones de los sectores populares, donde se trunca el encauzamiento de las demandas, y las estrategias parecieran contradecir los proyectos mismos. Es de considerar entonces que votar es un acto en continuidad del funcionamiento del sistema, pero lo político va mucho más allá, propendiendo por la transformación de las realidades y la creación de nuevas formas de existir en el mundo. Como expresa Badiou, “El voto, entonces, no es un acto político. Es un acto importante, pero es un acto estatal. Y entonces hay que diferenciar al acto político del acto estatal”. (Badiou, 2000, pág. 1)

...¿Y las democracias?

Pensar la democracia es enfatizar en un concepto que quizás tenga múltiples implicancias, sin embargo es pertinente diferenciar el sentido de una democracia burguesa de otras maneras de entender la democracia. Desde principios gramscianos, la democracia burguesa se da desde la elección de representantes en un gobierno con temporalidades, donde se presentan tres poderes en un aparente equilibrio. En un primer poder, quienes fueron elegidos legislan y hacen las leyes, un poder ejecutivo que ejecuta las mismas y en un tercer poder, el judicial que propende por su cumplimiento. Así la democracia capitalista sienta sus bases sobre la propiedad privada, lo que hace una democracia meramente al servicio de la burguesía. En esta forma, los representantes se eligen en demagogia al servicio de sus intereses (Gramsci, 1986).

Si bien se pueden describir otras maneras de entender la democracia, es esta forma la cual ha sido imperante en nuestras sociedades. Partiendo de que como Estados en Latinoamérica, estamos intrincados en las bases de la democracia burguesa, una democracia funcional al capitalismo y que nos sumerge en la desesperanza al no encontrar en los representantes el eco de nuestra voz. Donde hegemónicamente nos dejan al papel de espectadores de la política en un único ejercicio de voto cada cuatro años y donde asumimos la tolerancia a las prácticas de odio, de negacionismo y de desigualdad como resultado del descuido de los individuos en sociedad por dejar en otros el cuidado y construcción de su propia conciencia y abandonar a las conducciones (que seducidas por el poder son fácilmente corrompibles), dicha responsabilidad.

Si se piensa en una democracia burguesa representativa, algunas de las crisis políticas podrían considerarse a partir de esa sensación de falta de representatividad, donde las formas tradicionales no logran representar las demandas populares. Entre otros aspectos, en dicha ausencia, se crea la desesperanza como artimaña haciendo elegir en representación “lo menos peor”. Frente a ello, la movilización política de los sectores populares en forma de militancia termina respaldando a personas y proyectos que no coinciden con sus realidades, poniendo el cuerpo y la cabeza al servicio de demandas no son convocadas desde una esfera hegemónica.

Lo anterior desmotiva las formas del ejercicio de la política, pues se contraponen los intereses de quienes “militan” los proyectos y quienes los representan, dado que no hay un eje esperanzador. No porque necesite buscar quien lo represente sino porque en este juego que se presenta como único posible pareciera que lo mejor son los triunfos electorales. Como si ese acto en sí mismo fuera un triunfo político de toda una sociedad.

La desesperanza colectiva, debe rehabilitarse desde una potencialidad transformadora, construyendo sentidos para nuevas posibilidades de crear sociedades más justas. En ese sentido, nos corresponde entonces reflexionar históricamente. Corregirnos y volver a enlazar el tejido social tan fuerte que los derechos de todas las personas estén por encima de los intereses de unos pocos y no al revés. Derribando, como señalaría Galeano (1998), al mundo al revés, ese desde el cual se nos enseña a padecer la realidad en lugar de cambiarla y crearla.

Así, pensamos la construcción de una democracia en Latinoamérica desde el sentir de los pueblos y sus luchas, independientemente de las

victorias electorales porque no toda victoria política es electoral y no toda victoria electoral es política. Eso significa que no podemos culminar nuestro ejercicio militante solamente en las campañas electorales. Entendemos que una victoria política y electoral sería lo ideal, pero que nunca se da en estado puro y que la victoria electoral es mejor que nada. En la práctica existen más mixturas de lo que muchas veces nos gustaría admitir. Pero eso debe ser parte de la estrategia y exige una resistencia constante, pisando terrenos que nunca terminamos de ganar y en esa tensión, la esperanza es fundamental para construir horizontes, para contagiar “ideas-chispas” que luego encenderán el fuego.

Reflexiones finales

La desesperanza como parte ineludible y necesaria de una estructura hegemónica que ha ocupado la democracia burguesa, es una de las estrategias para mantener en letargo a nuestras sociedades. Por ello, aunque Argentina y Colombia han tenido procesos sumamente diferentes en su historia política, económica y social, comparten una realidad regional y una historia signada por la colonización política y epistémica. Donde se hallan estos resellos desde los intereses oligarcas que invaden la cotidianidad, buscando obturar el horizonte de posibilidades de nuestros pueblos. Sin embargo, son nuestros votos, nuestras organizaciones, nuestra articulación de base las que nos permiten proyectar otro tipo de realidad, aunque nos quieran hacer sentir individuos, somos con otros.

Esa estructura de raíz burguesa y colonial se sostiene de nuestro letargo de desesperanza como pueblos. Pero retomando a Rodolfo Kusch “en el fondo de todo no estoy yo, sino que estamos nosotros”, es decir, no

existe un yo sin un nosotros. Es el reconocimiento de un todo en continuo diálogo, no sin tensiones y disputas, que son constitutivas de identidades e historias, de nuestra esencia transformadora. Por ello, urge la politicidad como posibilidad de acción que se contrapone a los ejercicios de la política y resquebraje la hegemonía del sometimiento.

La desesperanza entonces en esta lectura es una potencialidad transformadora, desde ese sentir colectivo que moviliza y nos incita a la pregunta; ¿qué hacer? Pues, seguir construyendo caminos a la utopía, porque es desde otras formas de concebir lo político y la política que pensamos y transformamos la construcción de una democracia que represente a las mayorías en Latinoamérica.

Referencias

- ALIMONDA, H. – FERGUSON, J. (2008) “La producción del desierto. Las imágenes de la campaña del Ejército argentino contra los indios” en www.antropologiavisual.cl
- ANDERSON, P. (2003) “Neoliberalismo: un balance provisorio”. En libro: La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social. Emir Sader (Comp.) y Gentili Pablo (Comp.) 2° Ed. CLACSO, Buenos Aires, Argentina. p. 192 ISBN 950-23-0995-2.
- ARCIA, A. (2019) El desarrollo de la democracia colombiana y sus efectos en el binomio Fuerzas Militares-ciudadanía. En: Rev. Cient. Gen. José María Córdova vol.17 No.26 Bogotá.
- ARICO, J. [et al.] (1988) Antología del pensamiento crítico argentino contemporáneo. 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2015. Libro digital, PDF - (Antologías del pensamiento social latinoamericano y caribeño / Pablo Gentili)
- BADIOU A. (2000) ¿Qué es la política? En: Encuentro Permanente por un Nuevo Pensamiento. En: https://www.flacsoandes.edu.ec/sites/default/files/agora/files/1265922734.que_es_la_politica.pdf
- BANDIERI, S. (2000) “Ampliando las fronteras. La ocupación de la Patagonia”. En Lobato, M (Coord.) Nueva Historia Argentina, Tomo 5. El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916), Buenos Aires, Sudamericana.

- BORON, A. AMADEO, J y GONZALEZ, S. (2006) La teoría marxista hoy : problemas y perspectivas. 1a ed. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales-CLACSO.
- CALVO D. N. (2002). "Organización política auto-referenciada en sectores populares. El caso de la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat". Informe final del concurso Movimientos Sociales y nuevos conflictos en América Latina y el Caribe. Programa Regional de Becas CLACSO 2002. Recuperado de: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2002/mov/calvo.pdf> Catedra De Pensamiento Colombiano: ¡Basta Ya! Colombia: Memorias De Guerra Y Dignidad. (2016). Módulo 2. Orígenes, dinámicas y crecimiento del conflicto armado. Facultad de Trabajo Social. Universidad Nacional de Colombia. En: <https://centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/CatedraBY/modulo-2.pdf> Comisión de la Verdad, (2022) Hay futuro si hay verdad: Informe Final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición. -- Primera edición. -- Bogotá: Imprenta Nacional.
- GALEANO, E. (1998). Patas Arriba. La escuela del mundo al revés. Buenos Aires. Siglo Veintiuno.
- GRAMSCI, A. (1986) Cuadernos de la cárcel, México Era.
- GRAMSCI, A. (1999). Apuntes sobre las clases subalternas. Criterios metodológicos. En Gerratana, V (Ed) Cuadernos de la cárcel XXIII, Editorial Crítica del instituto Gramsci. A cargo de Valentino Gerratana. Mexico: Ediciones ERA, Universidad Autónoma de Puebla.
- GUZMÁN, G.; FALS, O.; UMAÑA, E. (1980). La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social. Tomo II. Bogotá: Carlos Valencia Editores.
- ISUANI, E. A. (1991) "Bismark o Keynes: ¿Quién es el culpable?: notas sobre la crisis de acumulación. En Isuani, A y otros: El Estado Benefactor: crisis de un paradigma, CIEPP/ Miño Davila Editores. Buenos Aires.
- KUSH, R. (1975) La negación en el pensamiento popular. Rosario: EFR, 2013.
- Revista Jurídica. (2020) Universidad Autónoma de Madrid. N.º 41. 2020-I. En: https://revistas.uam.es/revistajuridica/article/view/rjuam2020_41_005/13873
- RODRÍGUEZ PRIETO, R., J. SECO MARTÍNEZ, (s.f.) Hegemonía y Democracia en el siglo XXI: ¿Por qué Gramsci? Disponible en: <http://www.uv.es/cefd/15/rodriguez.pdf>.
- SUELDO, J. MERLO, J y TORRES, M. (2021) Politicidad Popular en tiempos de crisis ConCienciaSocial. Revista digital de Trabajo Social. Vol. 4, Nro. 8 - ISSN 2591-5339 <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/ConCienciaSocial/>

VELAZQUEZ R. Edgar (2007) Historia del paramilitarismo en Colombia. Revista Historia UNESP. Sao Pablo. En: <https://doi.org/10.1590/S0101-90742007000100012>

WEBER, M. (1982). La política como vocación. En M. Weber, Escritos Políticos II (pp. 308-364). F. Rubio Llorente (Trad.). México: Folios Ediciones. (Original alemán (1919).

Politik als beruf).